

Jorge Brioso y Jesús M. Díaz Álvarez, *La lucidez confrontada. La filosofía política de Ortega en contrapunto*. Madrid: Tecnos, 2024, 195 pp.

José María Rosales
Universidad de Málaga ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.105643>

Un reto y un descubrimiento. Apreciar la filosofía política de Ortega requiere explorar las muchas y muy diversas contribuciones que la distinguen a lo largo de su trayectoria. Van desde sus intervenciones en la prensa como analista político hasta sus reflexiones de carácter académico sobre historia política y acontecimientos del presente, su indagación semántica de conceptos socio-políticos, su visión sobre la batalla de las ideologías en la primera mitad del siglo XX, y el análisis de la producción filosófico-política o politológica de su tiempo.

I
Rastrear cada una de esas vías lleva a descubrir la riqueza de intereses que ilustran su perfil como intelectual al tiempo que revelan su interés por la política. A diferencia de otros casos, en el suyo ambas facetas resultaron ser indisociables, como muestran, por ejemplo, su implicación en los debates sobre la primera guerra mundial, el rasgo politizador de la generación de 1914 en toda Europa acentuado en España por las causas y efectos de su neutralidad; o su desempeño como diputado a Cortes Constituyentes elegido en los comicios de junio de 1931, durante un periodo breve pero de muy significativa relevancia constitucional.

Los más de cincuenta años que comprende su producción intelectual contienen las claves interpretativas de la biografía de una figura pública comprometida con intereses en dos mundos apenas conciliables entre sí, cada uno de los cuales exigía además una dedicación plena. Por eso, hablar de su filosofía política o, mejor, de su pensamiento político invita a ensayar un acercamiento puede que poco frecuente.

Para empezar, eso requiere sortear la repetida búsqueda de algún sistema, la extendida 'mitología' que señalara Quentin Skinner que inducía a clasificar la producción filosófica entre la que se juzgaba sistemática y el resto, sobre el supuesto, tantas veces indemostrado, de que lo segundo no alcanzaría la calidad intelectual de la primera. En el estudio de la obra de Ortega esa discusión ha sido un modo

habitual de adentrarse en su pensamiento, aunque no es el único ni puede que sea el más prometedor.

Ahora bien, que Ortega no tuviera la pretensión de elaborar una filosofía política en sentido sistemático, o de responder a cuestiones obligadas en los manuales al uso y en cierto modo estandarizadas, no hace menos valiosas las muchas contribuciones de su pensamiento político. Como en pocas otras trayectorias coetáneas, se produjeron además en los registros que lograban entonces la mayor publicidad posible para el público más amplio imaginable: desde los artículos de prensa que empieza a publicar a primeros de siglo a trabajos académicos desde la década siguiente, desde sus clases en la universidad entre las décadas de 1910 y 1930 a sus cursos no universitarios a partir de los años 40, desde charlas o conferencias públicas desde la década de 1910 a los discursos parlamentarios de 1931.

Esas intervenciones públicas, que permiten reconstruir su itinerario como intelectual político, y como político intelectual, no dejan indiferente a nadie. Y no solo porque sus argumentos políticos cobraran plena virtualidad como propuestas de reforma y, de ahí, porque resulte necesario analizarlos de manera diacrónica para evitar interpretaciones al margen de los tiempos políticos y de la cadencia propia de los debates filosóficos. No pueden dejar indiferente porque cabe presumir que quien espere más materia filosófica en una parte de sus trabajos políticos se decepcionará, y quien espere mayor densidad política en una parte de sus trabajos filosóficos podrá considerarlos demasiado especulativos o de un valor político menor.

II

Desde ambas perspectivas se puede entrever la fuerza de su impronta periodística, más temprana que la filosófica, sobre el resto de su producción. La factura de intervención argumentativa, que identifica a buena parte de sus trabajos filosófico-políticos, es la propia de los debates públicos. En ellos participa con la doble aspiración de crear opinión y de cambiar las cosas. En lugar de textos desvinculados

del pulso político de su tiempo, es precisamente esa condición tanto teórica como performativa la que espera a quien explore su pensamiento político.

En *La lucidez confrontada. La filosofía política de Ortega en contrapunto* Jorge Briosó y Jesús Díaz Álvarez presentan esa condición y su complejidad al ponderar el alcance político de una parte de su producción filosófica. Lo hacen de un modo razonado e imaginativo. Para cada uno de los seis capítulos que componen el libro reconstruyen momentos o factores representativos de la conversación que Ortega mantuvo con sus interlocutores. Recuperar esas referencias de significado permite entender el sentido filosófico-político de sus obras, en concreto, a qué cuestiones teóricas, así como retos y acontecimientos políticos trataban de dar respuesta.

Pero ese ejercicio de exégesis contextual, necesario e insustituible, se amplía con conversaciones imaginadas con autores con quienes detectan afinidades intelectuales. En algún caso llegan a ser afinidades electivas, con la argumentación de Richard Rorty sobre el significado moral y político de la contingencia, mientras que en otro, por ejemplo Carl Schmitt sobre el horizonte de la guerra y de la paz en Europa, no lo son, sino que se refieren a intereses intelectuales bastante dispares pero defendidos en torno a problemáticas similares.

El estudio se inicia con una “lectura filosófica política” de *Meditaciones del Quijote*, el libro publicado en 1914 poco antes del estallido de la primera guerra mundial. Se trata de un difícil pero fructífero ejercicio arqueológico que rescata de las reflexiones orteguianas, sobre la cultura y la novela europeas, algunas implicaciones sobre las contribuciones culturales y la responsabilidad civilizatoria, y por tanto política, de España para que el proyecto cosmopolita de Europa pueda lograrse. Su ideal de una paz duradera, sustentado en parte por un legado cultural y político común, lo diferenciaría de Max Scheler por su defensa de la propia supervivencia de Alemania como razón justa para su papel en la guerra.

Ya en los primeros escritos de Ortega se encuentran rasgos de su liberalismo, coherente con su postura antinacionalista y con el alegato de la autoafirmación de España como participante en el necesario concierto europeo, del que llevaba años relegada a actriz secundaria. El capítulo segundo ahonda en las reflexiones de Ortega sobre filosofía, política y guerra. El contrapunto lo representa la obra de Carl Schmitt, razonablemente bien sintetizada en las páginas que la cubren. El liberalismo de Ortega cobra sentido como inspirador, una de sus fuentes, del estado constitucional y, en esa medida, de los valores que lo sustentan y las instituciones que crea. Como reconocen Briosó y Díaz Álvarez, reside ahí en parte el componente conservador, de protección de dicho legado, que caracteriza a su liberalismo.

La guerra sigue siendo el hilo conductor del tercer capítulo, que conduce hasta la guerra civil española. En concreto, analiza el contraste entre las posiciones de Ortega, Gaos y Marías. Del primero, su desencanto por las promesas no cumplidas de la Segunda República, tras el triunfo de opciones revolucionarias sobre las reformistas, que le llevaron a especular sobre su continuidad con la segunda guerra mundial. De Gaos, su militancia republicana

que ejemplificaba la versión trágica de las dos Españas, sobre cuya prolongada agonía tendría que sobrevivir Marías en las décadas siguientes. La afinidad política de éste último con el liberalismo de Ortega se presentaba bajo la forma de la defensa de un orden internacional liberal.

III

Se cierra así la primera parte del libro, sobre filosofía y guerra, a la que sigue como enlace con la siguiente un “interludio” fenomenológico que no responde a las relaciones entre Husserl y Ortega, sino que trata de presentar un retrato selectivo de las posiciones de Ortega en el contexto de los debates filosóficos de su tiempo. La segunda parte, sobre lo que él llamaba “nuevo liberalismo”, el auge de los totalitarismos y el papel de la filosofía, se abre con un capítulo sobre la significación filosófica y política de la contingencia.

En un primer momento la atención se centra en la obra de Antonio Rodríguez Huéscar, en su visión filosófica de la contingencia y su continuidad semántica con la crítica orteguiana del racionalismo y la exploración de la finitud humana. En un segundo momento amplían su estudio al comparar “la idea de la contingencia en Huéscar-Ortega” con las interpretaciones de Richard Rorty y John Gray. Con el primero, la afinidad filosófica se revela por su crítica a la tradición metafísica occidental. La afinidad moral y política con ambos se muestra en su crítica del determinismo histórico, su defensa de la libertad y, junto a eso, la adopción de ideas o principios liberales.

Las afinidades no ocultan sus diferentes visiones del liberalismo, de su significación moral y política. Tampoco ocultan que el trasfondo intelectual y político de Ortega es la convulsa primera mitad del siglo XX, mientras que la producción de Rorty y de Gray, con intereses intelectuales diferentes, tienen como trasfondo el debate sobre la defensa de la democracia americana en el primer caso, y el análisis crítico del legado ilustrado en el segundo. En ninguno de los dos se encuentran las reflexiones sombrías de Ortega sobre el auge del comunismo y del fascismo.

En la introducción al libro defienden Jorge Briosó y Jesús Díaz Álvarez la legitimidad de su enfoque, que basan no solo en su novedad, sino, sobre todo, en la capacidad que demuestra para ampliar los debates orteguianos por derroteros poco o nada explorados. Es cierto que hay más contenido filosófico que político y puede que eso se deba a su interpretación de que la filosofía política de Ortega se justifica por sus posiciones filosóficas más que por sus posiciones e intereses políticos. Pero eso no agota ni refuta la opción alternativa que concede menos peso a esa vinculación.

Con todo, el libro, escrito “a cuatro manos”, mantiene una distancia crítica con el pensamiento político de Ortega al señalar sus claroscuros por su intento de fijar la renovación del liberalismo en un ideal casi antipluralista de la nación española, que haría muy difícil su conciliación con un proyecto europeo cosmopolita. Ahora bien, solo al reconocer estos claroscuros es posible valorar el pensamiento político de Ortega de una manera imparcial. *La lucidez confrontada* es una valiosa guía para ese viaje.